Rosa Montero, *La ridícula idea de no volver a verte*, 2013, México, Seix Barral, 233 pp.

RECEPCIÓN: 24 de agosto de 2013.

ACEPTACIÓN: 11 de septiembre de 2014.

El título *La ridícula idea de no volver a verte* ya estimula la imaginación: ¿a quién se refiere?, ¿a los amigos que se van?, ¿a los parientes que emigran? Pero dice “no volver a verte”, y esos son los muertos, los muertos queridos, los que se fueron de nuestro lado para siempre. De eso habla Rosa Montero en las primeras páginas de su libro. Cuenta que le pidieron escribir un prólogo para un texto pequeño escrito por Marie Curie, de unas veinte páginas, un diario que escribió después de la muerte de su marido Pierre Curie, que murió a los 47 años. Confiesa la autora que el texto la conmovió tanto que no sólo hizo un prólogo, sino todo un libro. Y es ridícula la idea “de no volver a verte”, porque en el duelo es casi imposible imaginar que la ausencia del ser querido es interminable: no se quiere admitir, no se puede creer, y cita a Marie Curie: “A veces tengo la ridícula idea de que todo esto es una ilusión y vas a volver. ¿No tuve ayer, al oír cerrarse la puerta, la idea absurda de que eras tú?” También confiesa la autora que esperaba que su esposo muerto, enterrado y llorado por ella hacía poco tiempo, regresara de repente, ya fuera del trabajo o de un paseo; luego considera que así sucede en tantos casos de hombres y mujeres en duelo.

Este libro excelente es una biografía de Marie Curie. Sí, pero no una biografía convencional, hay reflexiones sobre la difícil relación de padres e hijos, de hombres y mujeres, recuerdos personales de la autora, fotografías y consideraciones sobre la amarga época de fines del siglo XIX y principios del XX para las condiciones del trabajo de las mujeres.

RESEÑAS

Marie Curie se llamaba Manya Sklodowska y nació en Polonia en 1867. Desde unos años antes reinaba en Polonia un ambiente político complicado, dramático. Los invasores rusos dominaban Polonia con una tiranía cruel; en las escuelas estaba prohibido estudiar en polaco, pero en la escuela de Manya, ella y sus compañeras aprendían historia en polaco y tenían que estar preocupadas y pendientes de los inspectores rusos, que llegaban a regañar y amenazar, y que exigían que las niñas y las muchachas recitaran la lista de los zares rusos con todos sus títulos. Ese ambiente de avasallamiento de su patria hizo que Manya se llenara de fervor nacionalista.

Después de la escuela, en esa época, pocas eran las ocupaciones tradicionales para las mujeres. En primer lugar, casarse y atender al esposo y a los hijos, el trabajo en la casa. Para una soltera, estaba también el trabajo doméstico y cuidar a los padres, “honrar al padre” insiste la autora, a los padres ancianos y a los hermanos menores, y estaba también el trabajo de institutriz si tenía que trabajar y ganar dinero. Manya se empleó como institutriz, que le parecía un trabajo aburrido y humillante, cuando pensaba con dolor en sus aptitudes perdidas.

Firmó, pues, un contrato para educar y enseñar a las hijas de una familia acomodada y cumplía a conciencia su tarea. Otro trabajo que realizaba era enseñar a leer y escribir en polaco a los campesinos de la zona: era una pequeña escuela clandestina, pues estaba prohibido, como ya nos había señalado la autora, la enseñanza y práctica del idioma polaco. Pero sucedió que meses después, en 1888, Manya Sklodowska conoció al hijo mayor de la familia con la que trabajaba. Era un joven muy bien parecido, de 18 años como ella, buen estudiante de matemáticas, y se enamoraron.

Rosa Montero, la autora, hace aquí un comentario curioso, pues reconoce la debilidad que Marie Curie tuvo por los hombres guapos, como muchas mujeres. Eso lo demuestra la elección que María hizo de otros dos hombres en su vida (desde luego su esposo Pierre).

El hermano de sus alumnas era inteligente y brillante matemático y seguramente, se decía Manya a sí misma, que lo quería por su talento, pero ambos estaban enamorados. Los padres se opusieron a su relación, hicieron un escándalo y la rechazaron definitivamente como posible nuera; alegaron que si insistían en el matrimonio, el joven sería desheredado de inmediato. Manya, agotada por el dolor y la humillación, tuvo que cumplir con el trabajo de institutriz, pues le quedaban dos años para cumplir el contrato; pero había decidido ir a estudiar a París al terminarlo.

En París, Marie estudió haciendo enormes sacrificios por falta de dinero, cansada y casi hambrienta, pues ella misma contó que se alimentaba principalmente de rábanos y cerezas. Pronto terminó, no obstante, la licenciatura en Física, siendo la mejor alumna de su generación.

El siguiente verano, en 1893, siempre preocupada por la salud de su anciano padre y el bienestar de sus hermanos menores, hizo un viaje a Polonia para ver a su familia; regresó a París en otoño, a la Sorbona, pues había ganado una beca para estudiar la licenciatura en Matemáticas.

Entonces, Rosa Montero nos describe uno de los momentos decisivos de la vida de Marie, el encuentro con su esposo. En la primavera de 1894, ya como Marie, pues había cambiado su nombre, conoce a Pierre Curie, un físico francés muy talentoso, que junto con su hermano había realizado algunos descubrimientos. Ella tenía 27 años y él 35. Los había presentado un amigo común, un físico polaco de visita en París que decidió reunir a estos dos científicos tan peculiares y solitarios. A Marie, Pierre le pareció muy joven y muy guapo y quedó fascinada con la afinidad asombrosa que existía entre ellos. De inmediato se identificaron por su pasión por la investigación científica.

Sólo dos meses después, cuando Marie se había ido a Polonia, Pierre le escribió que “sería muy hermoso, aunque no se atreviera a creerlo, pasar la vida uno junto al otro, hipnotizados por nuestros sueños, su sueño patriótico, nuestro sueño humanitario y nuestro sueño científico. De todos estos sueños, creo que sólo el último es legítimo. Quiero decir, que no está en nuestras manos cambiar el estado social [...] Por el contrario, en el ámbito de la ciencia podemos pretender hacer algo; aquí el terreno es más sólido y cualquier hallazgo, por pequeño que sea, es una conquista”.

Marie regresó a su trabajo; era maestra en la Escuela Municipal de Física y Química Industrial, y estudiaba a la vez para terminar su doctorado. Tardó un año en aceptar a Pierre. Antes, le pidió a su futura suegra, que le iba a regalar su traje de novia, “que fuera oscuro y práctico para poder usarlo después en el laboratorio, ya que sólo poseo el traje que me pongo cada día”. Se casaron en 1895, y con el dinero que les regalaron se compraron dos bicicletas y se fueron a hacer largos recorridos por Francia, como luna de miel, así de sencillos y pobres nos presenta la autora a los dos brillantes genios de la química.

El mismo año de su boda, un físico alemán descubrió por casualidad los rayos X, y los llamó así porque no sabía explicar su naturaleza. El hallazgo causó sensación, pues se pudieron hacer radiografías. Otro científico francés, fascinado por los rayos X, experimentó con unas sales que emitían radia-

RESEÑAS

ciones, pero que no tenían, aparentemente, utilidad práctica. Marie Curie se interesó en esos rayos invisibles y escogió investigarlos: eran sales de uranio, y empezó con una inmensa voluntad y mucho sacrificio su enorme tarea.

Marie seguía impartiendo clases en la Escuela de Física y de Química Industrial, tenía que prepararlas, ocuparse de hacer y corregir los exámenes e investigar en el laboratorio que le prestaban en esa escuela donde trabajaba, que no era sino un cuarto grande, destartado, que antes había servido de almacén, y hacer el estudio teórico de sus descubrimientos. Tenía también que encargarse del trabajo de la casa y cocinar para ella y para Pierre. Todo esto empeoró cuando quedó embarazada de su primera hija; estaba muy cansada, pero contenta y orgullosa porque Pierre había dejado sus propias investigaciones para unirse a las de ella.

Siguiendo sus investigaciones, guiada por su intuición genial, Marie se dedicó a medir la radioactividad de algunos elementos, en especial del uranio, y logró conseguir, trabajando con una tonelada de piedras, otro elemento que era más radiactivo: una décima de gramo de cloruro de radio. Así, después de un intenso trabajo de análisis y experimentación, los Curie descubrieron primero el Polonio y poco después el Radio, que era poderosamente radioactivo. En diciembre de 1898 informaron del hallazgo a la Academia de Ciencias de Francia y se hicieron muy famosos.

Muchos científicos trataron de encontrarle utilidades prácticas al radio, algunas inexistentes y absurdas como fabricar cremas faciales para mantener joven la piel, conservar el cabello, ungüentos contra la celulitis, curar la artritis o la impotencia, hasta curar tumores cancerosos, etc. Aquí Rosa Montero aclara que seguimos utilizando la radioactividad para curar tumores cancerosos, aunque la fuente radiactiva ya no es el radio, sino el cobalto.

Este frenesí por el radio duró una tres décadas; la autora cita a Bernard Shaw, quien dijo: “El mundo se ha vuelto loco con el tema del radio; ha despertado nuestra credulidad exactamente igual que las apariciones de Lourdes despertaron la credulidad de los católicos”.

Es asombroso, dice Rosa Montero, cómo no llegaron los Curie a ser conscientes del peligro del radio, que les quemaba la piel, les despellejaba los dedos de las manos, mataba a los animales del laboratorio y enfermaba y debilitaba a aquellos que estuvieran en contacto con el peligroso elemento. Nos da un ejemplo: “En junio de 1903, cuando Marie consiguió doctorarse en Ciencias en la Sorbona con la máxima nota, hubo una cena de celebración. A los postres todos los invitados salieron al jardín y Pierre sacó un frasco

con radio como quien enciende fuegos artificiales.” Uno de los invitados que estuvo presente escribió después: “La luminosidad era brillante en la oscuridad y fue un espléndido final para un día inolvidable”.

En noviembre de 1903 Marie Curie obtuvo el Premio Nobel, gran triunfo que culminó su vida de trabajo. Nació su segunda hija y la pareja pudo vivir más desahogadamente. Marie empezó a ver la vida de otra manera, quería que descansaran un poco y se relajaran para disfrutar de su familia. Pero Pierre comenzó a estar muy enfermo, tenía un gran agotamiento y un dolor continuo en los huesos. Creían que se trataba de un gran cansancio por el trabajo y quizás un fuerte reumatismo; en realidad, la radioactividad estaba atacando a sus huesos. En 1905 casi no podía andar y le costaba mucho esfuerzo mantener el equilibrio. María inventó un viaje al campo para que reposara, alejarlo de sus actividades, pero Pierre quiso regresar en seguida al laboratorio. ¡El trabajo, siempre la obsesión por el trabajo! En un momento de lucidez le dijo a Marie: “Tal vez se trate de alguna terrible enfermedad que los médicos no reconocen”.

En 1906, Pierre murió, no de esa terrible enfermedad que le provocaba el radio, sino atropellado por un coche de caballos, llenando de dolor terrible a Marie. Él tenía 47 años y ella 38, habían vivido once años juntos.

Marie siguió trabajando, se dedicó a investigar y medir la radioactividad de las sustancias radioactivas. Había científicos que estaban celosos de su éxito y a los que fastidiaba su condición de mujer; trataban de minimizar la importancia de sus investigaciones y declaraban que sin Pierre no valía nada. Ella sustituyó a Pierre en sus clases de la Sorbona, lo que la llenó de satisfacción y de tristeza a la vez, quería demostrar que ella sola valía algo.

Unos cuatro años después, el corazón de Marie volvió a latir. Tenía 42 años y se fijó en un físico eminente, Paul Langevin, que tenía una carrera de logros importantes. Langevin había sido discípulo de Pierre, colaborador de la pareja y además era guapo. El problema, señala Rosa Montero, era que Langevin estaba casado, tenía cuatro hijos y se llevaba muy mal con su mujer. Marie estaba fascinada por la inteligencia de Langevin, se veían a menudo por cuestiones profesionales, y al parecer, indica la autora, para julio de 1910 ya eran amantes.

Marie le escribió a menudo y lo pagó muy caro. En la primera carta le decía: “Sería tan bueno conseguir la libertad necesaria para vernos tanto como nos permitan nuestras diversas ocupaciones, para trabajar juntos, para pasear o para viajar juntos, cuando las circunstancias lo permitan. Existen

RESEÑAS

profundas afinidades entre nosotros que no necesitan más que una situación favorable para desarrollarse [...] El instinto que nos ha llevado el uno al otro era muy poderoso [...] ¿Qué no podría surgir de este sentimiento?” La apasionada Marie quería estar con su amante a todas horas.

La esposa de Langevin supo de las relaciones de su marido y madame Curie y se puso furiosa. Era una mujer muy celosa y muy violenta; se peleaba con su marido frecuentemente e incluso lo hirió arrojándole una botella a la cabeza. Una noche, acompañada por su hermana, asaltaron a Marie en un callejón oscuro y la amenazaron con matarla si no se iba inmediatamente de Francia. Marie aterrorizada fue a refugiarse a casa de un amigo, no se atrevió a regresar a su domicilio.

Las cosas siguieron empeorando, cuenta Rosa Montero. Paul y Marie se veían, cuando podían, en un departamento que él había alquilado cerca de la Sorbona. Marie estaba obsesionada por Langevin y le escribía cartas de un amor desesperado. Se daba cuenta, tal vez, observa la autora, que su amante era débil, mucho más débil que ella.

A principios de noviembre, Madame Curie y Langevin asistieron a un Congreso importante en Bruselas, al que asistieron los científicos más famosos de la época, incluyendo a Einstein. Marie era la única mujer. Al día siguiente de terminado el congreso, el día 4, el periódico *Le Journal* sacó un reportaje llamado: “Una historia de amor: Madame Curie y el profesor Langevin”, que atacaba especialmente a Marie. Típico de la época misógina, dice la autora, señalaban a Marie como la mala, la destructora de hogares. Marie regresó de inmediato a su casa y se encontró a una muchedumbre furiosa arrojando piedras a las ventanas. Sus hijas, entonces de 14 y 7 años, estaban aterrorizadas, esperándola. Un gran escándalo. Marie mandó un comunicado a otro periódico: “Considero que todas las intrusiones de la prensa y del público en mi vida privada son abominables [...] No hay nada en mis actos que me obligue a sentirme disminuida. No añadiré nada más”.

Para aumentar el escándalo de esos días, la misma semana que apareció el ataque en el periódico, Marie recibió un telegrama en que se le comunicaba que le habían otorgado el Premio Nobel de Química. Muchos no hicieron caso de esta distinción, muchos colegas se habían puesto contra ella y un grupo exigía que Marie abandonara Francia.

Algunos amigos la apoyaron. Recibió, por ejemplo, una carta de Einstein: “Siento la necesidad de decirle lo mucho que admiro su espíritu, su energía y su honradez. Me considero afortunado por haberla podido conocer per-

sonalmente en Bruselas. Siempre agradeceré que tengamos entre nosotros a gente como usted y como Langevin, genuinos seres humanos, de cuya compañía uno puede congratularse. Si la chusma sigue ocupándose de usted, deje sencillamente de leer esas tonterías. Que se queden para las víboras para las que han sido fabricadas”.

Los consejos del joven físico no eran fáciles de seguir, dice Rosa Montero, sobre todo cuando, a finales de noviembre, el diario *L'oeuvre* publicó largos fragmentos de las cartas de Marie a Langevin, con el título de “Los escándalos de La Sorbona”, e incluso hubo varios duelos de Langevin con periodistas, sin consecuencias fatales, solamente el ridículo.

Marie, mientras tanto, recibió un comunicado de los Nobel en el que se le pedía que no fuera a Suecia a recoger su premio. La respuesta que dio Marie, indica la autora, fue grandiosa: “La acción que usted me recomienda me parece que sería un grave error por mi parte. En realidad, el premio ha sido concedido por el descubrimiento del Radio y del Polonio. Creo que no hay ninguna conexión entre mi trabajo científico y los hechos de la vida privada [...] No puedo aceptar por principios la idea de que la apreciación del valor del trabajo científico pueda estar influida por el libelo y la calumnia acerca de mi vida privada. Estoy convencida de que mucha gente comparte esta misma opinión. Me entristece profundamente que no se cuente usted entre ellos”. Rosa Montero dice que al leer esta carta de Marie quería levantarse y aplaudir por su dignidad y su temple. Marie, naturalmente, fue a recoger su Nobel, y al dar su discurso de aceptación dijo que el galardón era un homenaje a la memoria de Pierre Curie.

Después de este triunfo y de los escándalos anteriores, Marie se derrumbó. Su estado físico estaba muy maltratado por las radiaciones; su estado emocional estaba destrozado por las humillaciones sufridas; la pelea por sobrevivir con orgullo fue agotadora y su corazón quedó acongojado por la ruptura de relaciones con Paul. Vino la depresión. No comía y adelgazó mucho, se enfermó y tuvieron que operarla de un riñón. Trasladó a sus hijas a una nueva casa en el centro de París, porque en el lugar en que vivían eran acechadas continuamente por mirrones. Las dejó a cargo de una institutriz y se fue por un año: 1912. Deambuló por balnearios, casas de campo y diversos hoteles en que daba nombres falsos. Por fin, su entereza la hizo sobreponerse a la depresión y en 1913 regresó con sus hijas y a su laboratorio, pero ya no volvió a ser la misma.

Durante la guerra en 1914 quiso ser útil, pues siempre había estado comprometida por las causas sociales y lo primero en que pensó fue poner a

RESEÑAS

salvo de los alemanes la valiosa reserva de radio de Francia. Así, cargando ella sola la pesada maleta con los tubos con bromuro de radio recubiertos de plomo, la trasladó de París a Burdeos, adonde se había instalado el gobierno francés.

Los años siguientes siguió trabajando, ya muy débil y avejentada. Pero cumplidos los cincuenta, cuenta su hija Eve, aprendió a patinar, a nadar y esquiar, llena de ganas de vivir. Compró una casa en Bretaña y nadaba mañana y tarde con las hijas, pasando felices veranos. Marie Curie murió a los sesenta y siete años, activa hasta el final.

Rosa Montero nos entrega un libro excelente. La biografía de Marie Curie es muy completa, muy incisiva, ofrece con precisión la maravillosa trayectoria de su carrera y hace una introspección del carácter extraordinario y apasionado de su personaje. El libro contiene al final, como apéndice, el “Diario de Marie Curie”. La autora cierra su trabajo con las páginas que escribió la investigadora los días siguientes a la muerte de su esposo Pierre Curie. Se trata sólo de unas veinte cuartillas, pero perturbadoras por el dolor y la angustia que reflejan. Es un texto conmovedor y muy valioso.

MÓNICA DE NEYMET URBINA

Facultad de Filosofía y Letras,

Universidad Nacional Autónoma de México